

EL COSMOS SAGRADO

LA ENSEÑANZA DE G.I. GURDJIEFF

Henry Leroy Finch

EL INDIVIDUO SOLAR

Quien visite el cementerio de Avon, cerca de Fontainebleau, a unos sesenta kilómetros de París, no tendrá dificultad alguna para encontrar la tumba de Gueorgui Ivánovich Gurdjieff: está marcada por un monolito que despinata entre las tumbas del cementerio, y es visible desde todas partes. Ni la tumba ni la piedra llevan nombre¹. No es necesario.

Monumento más apropiado no se habría podido elegir. Gurdjieff era, en primer lugar, un megalito humano que destacaba entre sus contemporáneos y ocupaba un sitio único, arcaico, anónimo, indisciffrable. Era una fuerza aborigen de la naturaleza, sobreviviente de la era casi completamente olvidada en la que, mucho antes de la aparición de las religiones y las civilizaciones actuales, en el alba de Europa y del Medio Oriente, el cosmos y la humanidad eran un todo.

Gurdjieff es un mensajero de la Edad de Bronce y la Edad de Hierro, anteriores a los mundos greco-romano y bíblico en los cuales aún vivimos — como de segunda mano —, de la Edad del Sol Divino, de la cual subsisten vestigios en forma de piedras verticales o dólmenes, y cámaras y construcciones geométricas y astronómicas (pirámides, *zigurats*, círculos de piedra que subsisten aunque su sentido original se haya perdido, medidas santificadoras del Sol y la Luna), desde

Irlanda hasta el Cáucaso, y desde Escandinavia hasta Egipto y posteriormente en América Central².

Lo que caracterizó esta era pan-cósmica fue la unión de lo humano y lo divino bajo la forma más vivificante y manifiesta: el Sol Sagrado, del cual emana luz, calor, energía y conciencia. Todo puede cambiar; esto no cambia. Seguimos siendo orgánica y espiritualmente Hijos del Sol. Y es en la hora más sagrada en la que el Sol se acerca más a la Tierra, en el solsticio invernal del 21 de diciembre, mientras las "Puertas del Sol" plenamente abiertas en ambos sentidos permiten que el Espíritu Solar se esparza sobre la Tierra y que las almas humanas regresen al Sol, cuando estamos en el cenit de esta unión esencial, preservada todavía en la enseñanza central del cristianismo³. En ese instante el intercambio está en su apogeo. Esta unión es aún válida si recordamos que no entendemos por "verdaderamente humano" al individuo glotón, codicioso, solitario y aislado de la filosofía, de la ciencia y de la cultura modernas, sino al individuo abierto, íntegro, libre y majestuoso del mundo solar, plenamente representado, por los reyes solares originales y como lo es todavía — potencialmente — todo ser humano.

La desaparición gradual del sentido sagrado del mundo, y el consiguiente estrechamiento del ser humano empieza con la desacralización del cosmos en la Ley bíblica, luego con la ciencia empírica de Aristóteles, y culmina con la concepción de un universo aplastado, reducido a una superficie mensurable por la ciencia del post-Renacimiento. Sólo hoy caemos en cuenta de que somos las principales víctimas. Lo sagrado se ha retirado al dominio de la "experiencia interior" individual, y allí, junto a lo espiritual, considerado como don de lo Alto, se ha confundido finalmente con lo "psicológico", ávido y explotador.

No es motivo de asombro que uno de los actos más significativos de la ciencia moderna haya sido la *desacralización del Sol*, mediante la liberación de su producción de energía, bajo la forma de hidrógeno, con fines destructores sobre la tierra, donde los seres humanos no han alcanzado el grado de desarrollo que les permita enfrentarse a esta situación. Les falta en particular la conciencia orgánica. Nada podría ilustrar mejor el trastorno del orden fundamental traído por este mundo inerte y muerto que hemos concebido por medio de la cuantificación (y que llamamos el "mundo real") y de las estructuras egoístas de poder que lo reflejan.

Para restablecer en su grandeza el "Cosmos Sagrado", Gurdjieff reformuló mitos antiguos en un lenguaje extraño, lleno de neologismos "rompemandíbulas", que nos obligan a disminuir la velocidad de la

lectura al tratar nada más de pronunciarlos; todos esos términos consideran como extravagante la pretensión de nuestra ciencia contemporánea de ser la única "experta". Bajo esta forma, Gurdjieff ha dado nueva vida a un conocimiento proveniente de Egipto, Sumeria, Babilonia, la Grecia arcaica, el Asia Central y el Tibet. Sólo fragmentos de este conocimiento sobreviven en la "historia oficial". Lo que contaba para él era lo que nombraba la verdad-esencia que, por su misma naturaleza, no puede ser enunciada con claridad, hace falta "trabajar" para obtenerla, "desenterrarla", pues no podemos comprender de ella más de lo que permite el nivel de conocimiento que tenemos de nosotros mismos. Nuestra ciencia contemporánea viene de la cabeza —y esto de manera estrecha y reducida— mientras que la antigua gnosis proviene de todo el ser humano.

Nacido y criado en una encrucijada histórica y cultural donde Turquía, Rusia, Armenia, Grecia, Irak e Irán (sin hablar de media docena de grupos étnicos y religiosos de menor importancia) en esa región comprendida entre el mar Negro y el Caspio, el mismo Gurdjieff, como niño y como joven, fue sometido a una desconcertante variedad de influencias. De padre griego y de madre armenia, su lengua era el turco y recibió influencias religiosas de la Iglesia ortodoxa rusa. Él desarrolló una necesidad que él mismo califica más tarde de *mania* o de *obsesión*: encontrar una respuesta a la pregunta: *¿por qué vivimos en la Tierra?* Para encontrar la respuesta, emprendió durante unos veinte años una búsqueda que lo condujo, a través de peligrosas expediciones, a Egipto, al Levante, a Tierra Santa, al Turquestán, al Asia Central, hasta el Tibet y el desierto de Gobi. Estos viajes fueron en sí mismos material de leyendas, pues su meta no era ni el dinero, ni la celebridad, ni el poder —como era el caso de muchos aventureros, buscadores de fortuna y agentes extranjeros con los que se cruzó en el camino— sino algo mucho más precioso, desconocido para estos aventureros codiciosos.

Lo que Gurdjieff y sus compañeros —cuya identidad real desconocemos aunque aquí también la leyenda tiene donde ejercer su dominio— han traído, efectivamente era de una rara esencia: un conocimiento concreto y utilizable proveniente de una época en la que el propósito de la vida, de toda vida, no estaba perdido ni todavía recubierto por el inmenso olvido, nacido del egoísmo individual y colectivo que sólo trata de apoderarse del mundo y dominarlo en lugar de simplemente vivir en él.

En primer lugar —y todo abarcante— estaba la facultad de ver el cosmos y todo lo incluido en él. Facultad que comprende la sensación, la emoción y el pensamiento como formando parte de una Sola

Materia Universal, de una Plenitud Única que se manifiesta en diferentes niveles de una gran escala. Desde la chispa que brota de una partícula, desde la vida fugaz de una mosca o la sensación pasajera de un ser humano hasta las largas vidas de los soles, las estrellas y las galaxias, todas están vinculadas a una Totalidad Única.

En el centro, inmóvil, está el Sol Absoluto o Sol Padre, a la vez energía y espíritu, "Su Eternidad", como Gurdjieff lo califica. En efecto está muy alejado del hombre y este tiene que vérselas con Sus intermediarios, pero Él no es ni amenazante, ni terrible, ni vindicativo, ni vengador. La manera como la perspectiva de Gurdjieff unifica e integra todas las cosas se evidencia si consideramos brevemente su noción de los tres tipos de "alimento cósmico":

1. la alimentación ordinaria —"comer y ser comido"— por la cual todas las cosas vivientes se alimentan unas de otras;
2. el aire que inspiran y espiran las plantas, los animales y los hombres, el conjunto de la biosfera que forma un solo y vasto ciclo de respiración;
3. la escala de las energías radiantes o "alimento-luz" que se extiende desde las que afectan a las plantas y los animales hasta las necesarias para los humanos dotados de pensamiento.

Estos son ejemplos de las dependencias recíprocas sobre todas las cosas, tan importantes según el pensamiento budista —aunque el Sol Absoluto puede ser considerado más como una categoría gnóstica que budista.

Según el mito gurdjieviano las criaturas terrestres están sujetas ya sea a las fuerzas gravitacionales de la Luna que actúan sobre los fluidos de todos los cuerpos, de tal manera que puede decirse que la Luna "come" las "energías inferiores" ya sea a las radiaciones nacidas del Sol que corresponden en los humanos a las energías más conscientes. Nuestra misión es llegar a ser seres solares más que lunares, lo que quiere decir "brillar" por nuestra propia atención consciente, creando así una "materia de alma" que, como creían los gnósticos, no perece con la muerte del cuerpo físico.

Las leyes fundamentales del cosmos totalmente infundido por lo divino no son las ecuaciones diferenciales y algebraicas de la física moderna que, según el pensamiento de Gurdjieff, constituyen dispositivos artificiales para tratar con un mundo muerto y fragmentado, y que refleja nuestra propia muerte y fragmentación, sino dos relaciones "numéricas" básicas, que rigen los acontecimientos a todos los niveles: las muy antiguas Ley de Tres y Ley de Siete.

La estructura trinitaria es bien conocida tanto en sus versiones cristiana, hindú y taoísta, así como en sus versiones hegeliana y

marxista. Gurdjieff habla de tres fuerzas: "Santa Afirmación, Santa Negación y Santa Conciliación". Y también señala esa ceguera humana peculiar, esa tendencia a ver las dualidades, las confrontaciones, los conflictos, sin ser capaz de ver el elemento conciliador que resuelve estas dualidades.

Podríamos ir aún más lejos y decir que la "dualidad" es observable en todas partes, desde la simetría del cuerpo humano hasta la complementariedad de lo masculino y lo femenino, de la luz y la oscuridad, de lo verdadero y lo falso, así como todas las dualidades lógicas y conceptuales. Lo que no es visible es que toda relación binaria es también *trinitaria* si tenemos en cuenta que todo par se mantiene unido por algo que actúa como un "tercero implícito" que asegura la cohesión. Es una forma ternaria cuyo campo de aplicación es mucho más vasto que la célebre "dialéctica" de Hegel.

La Ley de Siete — igualmente dotada de ubicuidad — es la tendencia propia de todo proceso de desarrollarse mediante siete etapas. Era, según Gurdjieff, conocida por los babilonios mucho antes del tiempo de los Pitagóricos, en relación con la música, la astronomía y la fisiología. Reapareció en las investigaciones de Isaac Newton sobre el arco iris y la difracción de la luz a través de un prisma, en el que se manifiestan precisamente siete colores. Luego, de nuevo, dos siglos después, en las investigaciones de Mendelejew, concretadas en su Tabla Periódica de los elementos atómicos. Gurdjieff menciona muchos otros ejemplos tradicionales, incluyendo los periodos de siete años en las etapas de la vida humana y los siete cuerpos móviles visibles en el cielo (en este último caso, el significado de lo "visible a simple vista" no es invalidado por los resultados obtenidos por la visión asistida por un telescopio)⁴.

La Ley de Tres y la Ley de Siete se combinan en lo que puede considerarse como el mandala supremo de Occidente. Esta figura de nueve puntas es el eneagrama, compuesto de tres triángulos equiláteros, dos de los cuales están "rotos" o "interrumpidos", inscritos en un círculo⁵. Para Gurdjieff este símbolo era más antiguo y universal que el pentagrama pitagórico — o "estrella de cinco puntas" — que el hexagrama bíblico — o sello de Salomón — que la media luna islámica, que el *ankh* egipcio, que la esvástica y muchas cruces cristianas. El eneagrama es un "mapa condensado" del cosmos que puede servir de "patrón" o "modelo" para muchas relaciones humanas. Su carácter sagrado es del mismo orden que el de los noventa y nueve cantos más uno de Dante, que celebran la Trinidad cristiana.

Al llegar a este punto debemos precisar que el término *sagrado*, en el sentido en que lo utilizamos, no significa "apartado" o "separado",

que sí aparece en el concepto hebreo de *kadosh* o *santo*, sino que significa más bien "la integridad" o "lo ininterrumpido", es decir, lo puro⁶. Lo que pierde su carácter sagrado está fracturado, fragmentado o se cae en pedazos. Constatamos el comienzo de este proceso en las bases mismas de la civilización occidental: primero, con la separación que hacen las religiones monoteístas entre lo natural y lo sobrenatural, exiliando al Padre Creador fuera del mundo; luego con la separación, en la filosofía griega, entre el mundo material del Devenir y el mundo eterno del Espíritu o de la Esencia Pura. Estos dos "polos" coincidían todavía en la Edad Media, pero su separación o alejamiento progresivo culmina en nuestra época con el divorcio entre ciencia y religión, ambas sin relación entre sí se disocian en su interior, la ciencia se fragmenta en "especialidades" cada vez más pequeñas, y la religión, en sectas y cultos cada vez más estrechos. Esta fragmentación de la civilización ha dado origen a reacciones violentas, que han conducido a las falsas unidades del nacionalismo, del totalitarismo y a la guerra.

Viviendo en un mundo atomizado, sometido a los contragolpes de la reacción que ello engendra, el individuo contemporáneo es presa de la impotencia: aislado, vulnerable y víctima. El ser humano, privado de alma está a merced de fantasmas, mitos y cultos sin mencionar la droga, la pornografía y las diferentes formas de explotación financiera y social. Esto nos lleva al segundo punto central de la enseñanza de Gurdjieff (el primero es la materia cósmica universal), el poder terrible que domina la vida humana y nos mantiene sometidos: el poder de la sugestión de masas.

Se trata aquí del factor más deletéreo de la vida humana, de nuestra terrorífica *sugestibilidad*, que sólo puede ser comparada con una hipnosis colectiva casi universal, una especie de "sueño despierto" — un estado parecido fue descrito por Platón en la alegoría de la caverna, en el libro siete de *La República*. Contrario a la creencia general, lo que llamamos "educación" es, hoy, en su significado esencial, una sumisión a estas sugestiones de masa y las dependencias que las mismas conllevan, las identificaciones con el grupo, los prejuicios, la "contabilidad" interior de los errores ajenos, las emociones negativas, un pensamiento mecánico asociativo, todo esto determina todo lo que hacemos, pensamos y sentimos, mientras vivimos con la impresión falsa de que actuamos, pensamos y sentimos por nosotros mismos. Nosotros no vemos más que lo que llamamos nuestro "hacer" que está deteriorado al punto de no ser otra cosa que reacción mecánica y defensa del ego — tanto individual como colectivo.

La fascinación, la "captura" de la atención ejercida por los publicistas, artistas, políticos, presentadores de espectáculos y otros

agentes de relaciones públicas no constituye más que una manipulación de "segundo nivel", puesto que esa misma gente está, como cualquier otra, bajo el encanto de la sugestibilidad generalizada. El hombre más poderoso del mundo está, con respecto a esto, tan desprovisto como cualquiera. En el estado actual de las cosas, estamos todos, sea cual sea nuestra situación social, condenados a "morir sin haber vivido nunca". Sin relación al ser, nosotros no habremos vivido en el sentido pleno del término.

La "hipnosis colectiva" —o "sueño despierto"— lo invade todo de tal manera que sobrepasa el poder del individuo para reconocerla y oponerse a ella. En este respecto, se asemeja al concepto cristiano del pecado original o a la idea budista de la "Rueda del Samsara". Pero, a diferencia de la historia del Jardín del Edén, donde la falla fatal de la condición humana resulta de la desobediencia a Dios —incitada por la serpiente y por la mujer—, la falta, según Gurdjieff, es originalmente un error cósmico que, aunque corregido posteriormente, continúa engendrando efectos desastrosos. Nuestro problema no es encontrar la manera de "reivindicarnos" ante un Padre patriarcal, sino más bien de descubrir la posibilidad de despertarnos de una hipnosis colectiva que, a fin de cuentas, resulta de un estado del organismo humano que ya no existe⁷. Para lograr esto necesitamos de una "ayuda por revelación". Seremos "salvados" o "despertados" por nuestros propios esfuerzos en la línea y a la luz de una enseñanza que, en efecto, viene de otro lugar.

¿Cómo vamos a librarnos de un trance que nos mantiene prisioneros, un trance parecido al que mantiene encerrada a la gallina dentro del círculo mágico trazado en el suelo, o al joven *Yezida* dentro de un círculo que había dejado pensativo al Gurdjieff adolescente, en un poblado turco de Kars⁸?

¿Cómo vamos a despertar? Aquí se encuentra el "tesoro" de los tiempos antiguos cuya búsqueda inspiró toda la vida de Gurdjieff, un tesoro que le hace mucha falta al hombre contemporáneo. La respuesta, él la formula en dos prácticas esenciales de percepción consciente —que utiliza energías finas en el hombre— llamadas el recuerdo de sí y la observación de sí. Ni la voluntad de los estoicos, ni la gracia de los cristianos, ni las austeridades y devociones de los hindúes, ni las meditaciones o *koan* de los budistas, pueden cumplir esta tarea. Debemos practicar una separación interior del "yo" ilusorio —y de sus acciones, sentimientos y pensamientos ilusorios—, dirigiendo una atención consciente de una naturaleza virtualmente desconocida. Quien estudie a Gurdjieff encontrará aquí una indicación que seguramente nunca antes ha encontrado y que le abre perspectivas enteramente nuevas.

El recuerdo de sí nos hace pensar no sólo en las prácticas de los antiguos gnósticos que aconsejaban constantemente: "Recuerda quien eres, un Hijo o una Hija del Altísimo", sino también en la práctica de los monjes ortodoxos griegos y rusos del Monte Atos, que consiste en una repetición incesante de la "Oración de Jesús", oración del corazón que se mantiene aun durante el sueño, y también en el Islam, la invocación cinco veces al día del Nombre de Alá. Para Gurdjieff, el recuerdo de sí es el recuerdo de nuestro vínculo con lo divino, con nuestro Yo solar esencial, tantas veces al día como sea posible, a pesar de la tendencia predominante a permanecer "dormidos".

La observación de sí, por otra parte, está dirigida a captar "vislumbres fugaces" —no serán más que esto— de nuestro "comportamiento adormecido" cotidiano, que habitualmente está completamente oculto para nosotros. No se le practica para censurar ni para cambiar, sino sólo para "darnos cuenta". Como muchos otros guías espirituales, Gurdjieff sabía que toda tentativa de cambio mediante nuestros propios esfuerzos voluntarios no es más que una especie de "boxeo con la sombra", durante el cual el ego lucha contra sus imágenes de sí mismo. Sin la fuerza de palanca suplementaria de un verdadero "punto separado", provisto por una forma de conciencia diferente, no sucederá absolutamente nada. Sólo podemos salir de la prisión si algún punto en nosotros se encuentra realmente ya afuera.

No basta con tener "la idea" de que estamos en prisión. Hay que ver efectivamente que sí lo estamos. Como también observó Simone Weil en su incandescente búsqueda personal: "Mirar, eso es lo que nos salva". Ella nota también con mayor precisión: "La condición es que la atención sea una mirada y no un apego"⁹. Esto requiere una cierta "mirada", una observación desde un punto que no pueda ser puesto en duda. Lo que vemos debe ser tan real como una bofetada.

EL MAESTRO GNÓSTICO Y EL NIÑO GNÓSTICO

La leyenda cósmica de Gurdjieff, situada en el escenario del viaje de una nave espacial que surca el universo, gira alrededor de dos personajes inhabituales: el primero es el antiguo rebelde Belcebú quien aún joven había sido designado por Nuestro Padre Común y Sol Absoluto para cumplir diversas tareas cósmicas y se sublevó por un asunto relacionado con la justicia. Fue exiliado al planeta Marte, de nuestro "desafortunado sistema solar". El segundo personaje es el nieto favorito de Belcebú, Jassín, de doce años de edad. Cuando empiezan, en 1921, los *Relatos de Belcebú a su nieto*, los excesos de juventud le han sido perdonados, y cuando terminan, unas mil doscientas páginas

más tarde, una Comisión de Angeles y Arcángeles le devuelve oficialmente sus "cuernos sagrados". Entonces es nuevamente venerado como uno de los más grandes Individuums Sagrados de todo el Cosmos.

La fuerza motivadora de estos relatos es la insaciable curiosidad del joven Jassín con respecto a los "seres tricerebrales que habitan ese planeta que tanto te gusta". A estos seres: los humanos, su abuelo ha tenido numerosas oportunidades de estudiarlos durante su exilio, desde su observatorio construido en Marte, así como durante sus seis descensos a la Tierra. Belcebú es la conciencia despierta que observa imparcialmente el comportamiento anormal, perverso y destructivo de esos seres terrestres cuya decadencia no se encuentra en ninguna otra parte del Universo. Varias de las experiencias de Belcebú, así como el deseo intransigente de Jassín por obtener respuestas, nos recuerdan episodios de la propia vida de Gurdjieff.

La expresión "saber de la esencia" no tiene connotaciones intelectuales sino cósmico-orgánicas. La naturaleza de la curiosidad de Jassín no es la de un alumno sobresaliente: no le interesan las "calificaciones" de orden intelectual – actitud tan frecuentemente asociada a la vida académica y literaria, y por la cual Gurdjieff no sentía más que desprecio. El único saber que satisface al gnóstico es el saber que responde a las necesidades de su ser total: el pensar, el sentimiento y la estructura corporal instintiva y motriz. Está más cerca de lo que llamamos comprensión que de saber en su cabeza.

Sólo esta forma de atención que puede separar al ser esencial de la personalidad oscurecida por los sueños es capaz de restablecer la armonía entre las tres partes que componen el ser humano: el pensamiento, el sentimiento y la acción – esta es la misión de la gnosis auténtica o saber de la esencia.

Lo que Belcebú ha observado en la Tierra es devastador: criaturas cuya "sensación instintiva de la realidad" ha desaparecido y que viven en una atmósfera de aidez, ambición, vanidad, envidia, amor propio y orgullo. Sus espíritus han sido transformados en "molinos para moler disparates". Mienten todo el tiempo sin saberlo, hasta el extremo de indignarse ante cualquier tipo de verdad¹⁰. Nunca en su vida han amado con un amor genuino, imparcial, no egoísta, sino únicamente proyectando sus propias ideas y deseos sobre los otros¹¹. Lo que llaman educación consiste en enseñar a los niños a ser hipócritas y mentirosos. Lo más devastador es que han perdido completamente los impulsos eserales de pudor orgánico y de conciencia objetiva. Ya no conocen la diferencia entre lo verdadero y lo falso, sino que consideran como verdadero todo lo que sirve a sus propios intereses o a los de su grupo¹².

Este planeta Tierra es el único en el Universo, le dice Belcebú a Jassín, donde los habitantes presentan la terrible particularidad, propia únicamente de ellos, que es la necesidad periódica de destruirse mutuamente¹³. Es esta tendencia – tan opuesta a los "impulsos orgánicos sagrados" – existente a lo largo de toda la historia de estos seres terrestres, lo que más repugna y disgusta a Belcebú.

Algunos de los pasajes más notables de todos los escritos de Gurdjieff expresan el desprecio y el horror que siente ante esa masacre periódica llamada "guerra". Esto traduce todo lo que no va bien en este extraño planeta. Gurdjieff habla de ese "mal espantoso" y de esa "propiedad repulsiva que ya ha penetrado su carne y su sangre", y de la mediocridad y estupidez de las así llamadas "Organizaciones para la paz" (tales como la Sociedad de Naciones o la Organización de las Naciones Unidas). Él escribe:

"Si verdaderamente se dieran cuenta, con todo su ser, del horror objetivo de esos procesos y desearan sinceramente eliminar ese mal de la superficie de su planeta, penetrarían, quisiéranlo o no, en la esencia misma de ese problema y comprenderían que, para descristalizar una propiedad fijada en su psiquismo desde hace centenares de siglos, no son suficientes algunas décadas"¹⁴.

Con respecto a las propiedades inherentes al comportamiento de los seres terrestres, dice:

"...cada uno de ellos, a partir del momento en que adquiere la capacidad de distinguir entre "seco" y "mojado", embriagado con sus méritos, deja para siempre de ver y observar sus propias anomalías y sus propios defectos, para no ver ni observar sino los de los demás(...) Notemos al respecto que, debido a esa propiedad, tus favoritos no dejan de indignarse por los defectos de quienes los rodean, y convierten así su propia existencia, ya bastante afligente y anormal sin eso, en objetivamente insoportable"¹⁵.

Gurdjieff dice – sin dejar de tomar en cuenta las enseñanzas de los grandes gnósticos del pasado como Valentín, ese egipcio del siglo II o como Mani, el profeta persa perseguido en el siglo III – que los medios para abolir la guerra y restaurar una existencia cósmica normal en nuestro planeta fueron transmitidos en el pasado a la Tierra por una sucesión de Individuums sagrados o Mensajeros de Nuestro Eterno Infinito, Nuestro Misericordioso Padre Común. Las cinco religiones actuales, la budista, la hebrea, la cristiana, la musulmana y la lamaísta, fueron fundadas por cinco Mensajeros de lo Alto: San Buda, San Moisés, San Jesús, San Mahoma y San Lama. Belcebú añade que todas

estas religiones están hoy en proceso de desaparición porque sus seguidores las han despojado de su fuerza de vida y convertido en "cuentos de hadas" que no contienen sino pedazos de verdad, transformando de esta manera lo que había sido dado como *tarea* al hombre en el mensaje original de los Individuums sagrados en puras y simples *consolaciones*.

Mientras se encontraban en la nave espacial Karnak, Belcebú recibe un "eterograma" donde se le informa que dos de esas religiones, el cristianismo y el islam, han permitido hechos que hacen presagiar su fin. El primero es que los cristianos han permitido la construcción de una universidad para los jóvenes judíos en Jerusalén; el segundo es que el gobierno turco ha abolido el uso del *fez* para los hombres y del *yashmak* para las mujeres. Pronto, dice, habrá un estacionamiento sobre el lugar en que está enterrado el "cuerpo planetario del Divino Jesús". La religión de San Moisés va a desaparecer debido al "odio orgánico formado en los seres de las otras comunidades hacia los seres que siguen esta religión". La religión de San Buda se ha alterado ya en razón del ocultismo, de la teosofía y del espiritualismo de feria que lo han infiltrado. Gurdjieff-Belcebú fue testigo de la primera invasión de tropas extranjeras al Tíbet al final del siglo XIX, anticipando la destrucción de los "siete iniciados" que aún residían allí, y que él encontró, preservando la revelación original del "legamonismo" de San Lama¹⁶.

Desde el punto de vista de Gurdjieff, toda la verdad del ser viene de las revelaciones transmitidas por los Individuums sagrados. En otras palabras, los humanos no son capaces por sí mismos de encontrar la pista de las enseñanzas esenciales que se han perdido. Ellas toman la forma de lo que él llama *legamonismos* o "tablas sagradas", escritos y prácticas espirituales transmitidos a escuelas de iniciados que han jurado mantener el secreto, y que también han sido instruidos sobre cómo comportarse con unos malvados llamados *jasnamusses* cuyo objetivo es destruir toda verdad de orden tradicional. Gurdjieff describe la destrucción de una escuela secreta tibetana por uno de esos tales *jasnamusses*.

Tenemos que remontarnos a una época más antigua y a un mensajero de Lo Alto más grande aún —desconocido de hecho por la historia ordinaria de la humanidad— para descubrir al maestro, que según piensa Gurdjieff, necesitamos hoy en día. Se trata de un mensajero de los antiguos sumerios o de sus antecesores inmediatos, nacido cerca de Babilonia, y a quien Gurdjieff-Belcebú dedica no menos de cuatro capítulos en su libro. Se llama *Ashyata Sheyimash*, y para Gurdjieff es evidentemente el maestro supremo de la Revelación solar. Belcebú menciona otros santos antiguos, tales como San Krishnatkharna en la India y San Venoma, quien descubrió "la Ley de Caída" o "tendencia

de los objetos a caer al punto de equilibrio más cercano". Ashyata Sheyimash estableció temporalmente condiciones "normales" de vida sobre la Tierra, y Gurdjieff-Belcebú dice que:

"...fue el único Enviado de Lo Alto que logró, por su Santa Labor, crear en tu planeta condiciones tales que la existencia de esos desdichados seres se hizo, durante cierto tiempo, algo semejante a la de los seres tri-cerebrales que pueblan los demás planetas de Nuestro Gran Universo dotados de las mismas posibilidades..."¹⁷

Este mensajero no enseñaba públicamente, sino que confió su enseñanza a iniciados que habían merecido este privilegio por "sus esfuerzos conscientes y su sufrimiento voluntario". Su comunidad se llamaba la cofradía Olbogmek y según él aún existe en nuestros días en el Asia Central donde Belcebú encontró una tabla dejada por Ashyata Sheyimash. Sobre esta tabla hay grabadas palabras que se asemejan a lo que Gurdjieff-Belcebú considera como la primera versión de una importante enseñanza cristiana, "formulación solar" de la naturaleza de las tres virtudes cristianas: fe, amor y esperanza:

"La Fe de la conciencia es libertad.

La Fe del sentimiento es debilidad.

La Fe del cuerpo es estupidez.

El Amor de la conciencia provoca el mismo en respuesta.

El Amor del sentimiento provoca lo contrario.

El Amor del cuerpo no depende sino del tipo y de la polaridad.

La Esperanza de la conciencia es fuerza.

La Esperanza del sentimiento es servidumbre.

La Esperanza del cuerpo es enfermedad"¹⁸.

Podríamos parafrasear de la manera siguiente esa *gnosis de la conciencia* (la palabra *conciencia*, claro está, en el uso que se da actualmente al término): para llegar a ser un ser humano normal —tal como lo ha previsto el Eterno infinito— debemos:

estar conscientes de lo que hacemos —esto quiere decir actuar con toda libertad y no a partir de una dependencia, una credulidad o una costumbre;

estar objetivamente conscientes de los demás y no emocionalmente, por afinidad física o por interés;

estar conscientes de un futuro abierto sin vanas esperanzas y sin temores.

En el centro de la enseñanza de Gurdjieff yace el saber secreto de que la tarea de la vida humana es encontrar nuestra esencia verdadera y permitirle gradualmente reemplazar la falsa personalidad que el mundo insensato nos ha dado. Desarrollar la verdadera individualidad consiste en "formar el alma". "Despertar del sueño" es "renacer", no como el ser universal de los hindúes o el no-ser de los budistas, sino como el Ser Único Esencial propio de cada ser humano individual.

La personalidad, según la enseñanza de Gurdjieff, es la coraza creada por la sociedad y la cultura que se desarrolla en el curso de nuestro crecimiento como protección contra el mundo. Esta coraza ya está formada a la edad de cinco o seis años. Ella está en contraste con la esencia o individualidad original con la cual cada uno nace.

En la mayoría de los seres humanos, la "esencia", la *única naturaleza que realmente nos pertenece*, permanece como un niño escondido en algún lugar de las profundidades de la persona social a la defensiva. Es esta esencia olvidada la que debe ser encontrada y llevada hacia una completa madurez por medio del trabajo sobre nosotros mismos, con el cual desmantelaremos gradualmente las estructuras defensivas de la personalidad, transformándolas lentamente en esencia. La personalidad es un disfraz, la esencia es el ser real. Pero el desplazamiento de una hacia la otra está lleno de peligros sobre todo si se intenta sin guía.

La valiosa psicología de Gurdjieff y sus principales alumnos, Orage, Ouspensky, Nicoll, Nott y otros, arroja muchísima luz sobre el comportamiento humano habitual. Y es así porque las premisas de esta psicología consideran –según el punto de vista de las enseñanzas sagradas de todos los tiempos– que el ser que se dice "normal" en efecto está motivado por un comportamiento patológico y anormal. La psicología, incluyendo el psicoanálisis, es fundamentalmente una "terapia de adaptación", que consiste en ayudar a las personas a amoldarse a la locura de los que se llaman a sí mismos personas "normales".

Al vivir en la personalidad, vivimos en una prisión rígida cuyos límites están rigurosamente definidos por los determinantes sociales y culturales. D.H. Lawrence, uno de los más proféticos escritores británicos, decía de esta situación: "La gente nunca, nunca, nunca cambia". Él aludía a las estructuras fijas de la personalidad. Lo que Gurdjieff llamaba nuestros "idiotismos". Sólo la esencia posee la libertad de cambiar. La personalidad está fragmentada, y da lugar a sentimientos, acciones y pensamientos contradictorios en un mismo ser humano. Así podemos ver a un detentador del poder político, por ejemplo, afirmar al mismo tiempo que es cristiano y que desea la exterminación de los enemigos. Para percibir nuestra propia

deshonestidad necesitamos en un vislumbre observar nuestra esencia. Tales vislumbres constituyen la gnosis auténtica.

En una de las anécdotas más conocidas sobre Gurdjieff, se relata que un compañero de viaje, le preguntó, en el tren, a qué negocio se dedicaba. Gurdjieff contestó que era comerciante. "¿De qué?", preguntó el otro. "De energía solar", respondió Gurdjieff. Aludía a un trabajo que podría liberar las energías "superiores" de la esencia – o del alma – que pertenecen originalmente al Sol pero que siempre pueden ser desarrolladas en cada uno de nosotros. Pero también podría haber contestado que era un vendedor de conocimientos secretos sobre "cómo despertarse de los sueños de la vida" para unirse a la esencia.

LA SABIDURÍA DE MULAJ

A lo largo de las páginas de los *Relatos de Belcebú* circula un personaje de un tipo muy diferente a los miembros de la jerarquía cósmica de los ángeles y arcángeles, y a los Individuos o Mensajeros sagrados que aparecen en la Tierra como fundadores de las grandes religiones. Es citado más de docientas veces y aparece en casi todos los capítulos. Se dice de él que es "muy sabio" y que tiene un proverbio justo y mordaz para cada situación particular, grande o pequeña. En una parte recibe el título de "Nuestro Infinitamente Reverenciado Sabio entre los Sabios"¹⁹. Se trata del Sabio de nuestra Tierra, del héroe popular del Medio Oriente, bien conocido en todos los bazares – y en todas las escuelas de Turquía y más allá – como el hombre que cabalga su asno al revés, Nassr Eddin, también afectuosamente conocido como el Mulaj o el Hodjaj.

Numerosas culturas poseen sus sabios "despojadores de ilusiones", capaces de enfrentar cualquier situación y caer siempre de pie. Entre ellos se destacan el anciano Coyote de los indios norteamericanos, el Tío Conejo de los campos de algodón de Virginia y el mismo Tío Sam. Sus características coinciden, son sagaces, astutos casi al borde de la trampa, dominando a los demás con una gran intuición y agudeza. Para ganarle una partida a ese tipo de héroe popular, hay que madrugar. Sin embargo ellos no dan muestra de ninguna maldad, grosería o gusto por el poder. La columna vertebral de su sabiduría es su conocimiento de las debilidades humanas y el simple sentido común.

Nassr Eddin es, en efecto, un individuo extraordinario, a quien podríamos llamar el tercer rostro de Gurdjieff, después del Individuo Solar, el abuelo y niño gnóstico. Esta presencia es muchísimo más dudosa: Sapiente de la Tierra, antiguo Despojador de ilusiones en

ropaje contemporáneo, educador no ortodoxo, a quien Gurdjieff calificaba de "hombre ladino".

Cuando recorría en automóvil la región central de Turquía, hace muchos años, el autor de estas líneas tuvo la ocasión de encontrar el espíritu de Nassr Eddin en el pueblo de Akshehir, que según sus habitantes había sido el lugar de nacimiento de ese Mulaj ladino, aunque este sitio tenga un status análogo al lugar de nacimiento del Tío Sam, de Paul Bunyan o de John Bull. Se llegaba a este pueblo por una ruta de montaña, a unas treinta o cuarenta millas al noroeste de la antigua capital de Turquía, Konya, donde visité la tumba de Jelal-ed-in Rumi el fundador de la orden sufí Mevlevi o de los "derviches giradores". Fue en ese lugar, presentada en el pueblo como la tumba de Nassr Eddin, que mi familia y yo descubrimos una inequívoca expresión de su espíritu. La tumba estaba protegida por una gran verja de hierro adornado, muy impresionante, pero que no se prolongaba más allá de unos pocos metros de una puerta cerrada con pesadas cadenas y un candado. A pocos pasos, a ambos lados de la puerta, se podía pasar al otro lado. Este es un buen ejemplo de la sabiduría de Nassr Eddin, más allá de la cual, la lógica y la filosofía más avanzadas son incapaces de llegar. ¿Cuál es la utilidad de una verja que, a pesar de las apariencias, no cumple con su función? Se podría agregar otra pregunta: ¿Cuál es la utilidad de un ser humano que, a pesar de las apariencias, no funciona como un ser humano verdadero? Esta es la quintaesencia de una demostración a lo Nassr Eddin.

Aunque muchos de los proverbios de Nassr Eddin, incluyendo muchos de los evocados por Gurdjieff, sean casi totalmente opacos para la mentalidad europea o norteamericana, otros tienen una profundidad filosófica tal que no estarían fuera de lugar en boca de Bertrand Russell, Alfred Tarski o Ludwig Wittgenstein. Un cuento sobre el número de burros que el Mulaj pone en venta podría ilustrar muy bien la famosa paradoja de Russell sobre "la categoría de todas las categorías que no forma parte de sí misma". Gurdjieff mismo decía que él "no perdía jamás la menor ocasión para actuar enteramente según la sabiduría sin precedentes y los proverbios inimitables del Mulaj Nassr Eddin".

Gurdjieff describe su propio método de enseñanza como un método que sigue el camino de Nassr Eddin, al que llama también *el camino del hombre ladino*, en contraste con los tres caminos más tradicionales del fakir — centrado en el cuerpo físico —, del monje — centrado en los sentimientos, emociones y devociones — y el del yogi, centrado en el intelecto. El hombre ladino se concentra hábilmente en los tres al mismo tiempo.

Los métodos de Gurdjieff cubren un amplio rango de formas y prácticas que desde el comienzo desconcertaron no solo al público en general, cuando se enteraron de ellos, sino también a sus propios alumnos. Muchas veces no sabemos "lo que tiene en mente" cuando parece jugar un papel o las veces que produce choques y humillaciones dirigidos a los egos de sus alumnos.

Parece evidente que Gurdjieff no deseaba desempeñar el papel del gurú tradicional cuya sola presencia tendría el poder de transformación. Tampoco podía ser nada más que un simple consejero, terapeuta o sacerdote. Él estaba en un "nivel de ser" diferente al de sus alumnos y tenía de ellos una comprensión que éstos no tenían de él. Si querían adquirir esa comprensión de los seres humanos y de la vida, sabían que tendrían que merecerla tras duros años de estudio y de observación de sí. Él consideraba como su tarea asistirlos a lo largo de ese camino. Lo que él sabía, además, sabía también que era imposible comunicarlo directamente. La comprensión debía nacer en la interioridad del ser, según la forma propia de comprensión de cada quien.

Cuando a uno de los maestros sufíes de Gurdjieff se le preguntó por qué no explicaba sus crípticas historias, respondió: "¿Qué pensaría usted si, habiéndome pedido una naranja, yo le diera una que ya estuviera exprimida? El alimento viene al exprimirla usted mismo".

La comprensión, especialmente en estos aspectos, no es algo que otro pueda hacer por uno. Por ser el método de Gurdjieff indirecto, la mayor parte del tiempo los alumnos no sabían lo que él les había preparado intencionalmente, o qué palabra o episodio particular sería apto para resolver el problema de comprensión personal del que eran prisioneros. Una y otra vez eran desafiados para traspasar los aspectos egoístas de su personalidad y así alcanzar su ser esencial.

Según la *Tontería superior* de Nassr Eddin numerosas historias ilustran la tendencia humana a creer en las apariencias, en la medida en que éstas convienen a nuestras predilecciones o nuestros prejuicios. Se cuenta como el Mulaj llegó una vez a una cena, vestido de harapos y de qué manera se le ignoró dándole el último lugar en la mesa. Rapidamente regresó a su casa, se vistió de gala y regresó donde su anfitrión. Inmediatamente fue llevado al sitio de honor, se le vio entonces rellenar de comida los bolsillos de su ropa diciendo, "¡Come ropa, come!" Interrogado por la razón de su conducta, respondió: "Cuando vine con mi ropa vieja no había lugar para mí en la mesa, cuando volví con la nueva no sabían que hacer para halagarme. Esto prueba que es a mi ropa y no a mí a quien ustedes invitaron a su banquete"²¹.

Del mismo modo que la competencia académica o los clichés mundanos eran incapaces de sacar de sus casillas a Belcebú o a Nassr

Eddin, tampoco apenas impresionaban al mismo Gurdjieff. De él emanaba una cualidad fuera de serie para los "sabios": el sentido de lo maravilloso. Hoy, cerca de cincuenta años después de su muerte, Gurdjieff sigue siendo un misterio.

Los biógrafos discuten sobre el año de su nacimiento, sobre su educación, sobre los detalles exactos de la cronología de sus viajes, sobre la identidad de sus compañeros, sobre su vida en familia e incluso sobre sus intenciones pedagógicas. En sus propios relatos, la verdad y la leyenda, los hechos simples y las invenciones extravagantes se confunden. En el preciso instante en que estamos a punto de dudar de una historia, aparecen hechos que nos sugieren que, después de todo, dicha historia quizá sea verídica. Sucede así, por ejemplo, con las historias acerca de las relaciones de Gurdjieff con Stalin y sobre su papel en el Tibet.

Un biógrafo reciente, James Webb, nos dice:

"Es absolutamente exacto que el joven Iósif Dzhugashvili, más tarde Iósif Stalin, fue pensionista de la familia de Gurdjieff durante su permanencia en el Seminario Teológico de Tiflis (Tbilisi) desde 1894 hasta 1899, y que se marchó debiendo una cuantiosa suma de dinero"²¹.

Otros afirman que Karl Haushofer, el teórico geopolítico nazi, el escritor Herman Hesse y el famoso anarquista ruso, el príncipe Peter Kropotkin, formaban parte de los compañeros de viaje de Gurdjieff. ¿Permaneció en el Tibet como agente del gobierno ruso durante las maniobras de las grandes potencias? Aun hoy es imposible afirmarlo o negarlo con certeza.

En la introducción de *Encuentros con Hombres Notables*, Gurdjieff nos ofrece una indicación sobre la atmósfera en la que se encontraba inmerso. Después de haber descrito la "influencia funesta del periodismo" contemporáneo, habla del tipo de literatura que aprecia:

"...esos textos, y los cuentos en particular "de las Mil y Una Noches", son verdaderas obras literarias en toda la acepción de la palabra. Quienquiera los lea o los escuche siente que todo allí es pura fantasía, pero fantasía conforme con la verdad, a pesar de que los diferentes episodios sean inverosímiles con relación a las condiciones ordinarias de la vida de los hombres. El interés se despierta en el lector o en el auditor: maravillado por la sutileza con que el autor comprendió el psiquismo de los hombres de toda casta a su alrededor..."²²

Según parece, Gurdjieff quería que su vida tuviera precisamente esta cualidad de "fantasía conforme con la verdad" que "ilumina" el psiquismo de los hombres ordinarios.

Al mismo tiempo, nadie estaba más en guardia que él contra la credulidad y la estupidez, los *ersatz* que llenan las tiendas de ocultismo, lo que Nassr Eddin con su perspicacia de campesino llamaba las "paparruchas" del espiritualismo o la "cascada de titilaciones titilantes" de la religión²³. Una enseñanza que pide que uno se pare sobre sus propios pies, pero que al mismo tiempo pide que hagamos uso de un conocimiento tomado de fuentes perfectamente no ortodoxas, debe depender de los estudiantes que mantengan un equilibrio exacto entre credulidad e incredulidad. "No crean nada que no hayan comprobado mediante su propia experiencia", tal era la advertencia.

Una atmósfera un poco tensa era favorable a la enseñanza. Los alumnos podían ser elogiados un día por lo que al día siguiente les valdría un reproche. Dependía de ellos encontrar el matiz de diferencia. Podían vivir una emoción intensísima antes de percatarse de que se trataba únicamente de "identificaciones" y de emociones negativas de las cuales se suponía deberían haberse dado cuenta. Comprendían que Gurdjieff consideraba un horror los comportamientos personalistas o egoístas. Se daban cuenta que cuando se dirigían a él a partir de un deseo verdadero, un deseo de la esencia, jamás eran rechazados.

En un mundo donde los resultados involuntarios de nuestras acciones tienen un papel tan importante, y donde no dejamos de fallar a la hora de prever lo evidente, es de la mayor sabiduría guardar siempre en mente la realidad de nuestro "estado de sueño". Esta realidad fue expresada de una manera tajante — como para dejar sin aliento — desde el primer viaje de Gurdjieff a Nueva York en 1924, cuando se le hizo la pregunta: "señor Gurdjieff, ¿qué trata usted de hacer?". "¿Lo que trato de hacer?", respondió, "trato de mostrar a los hombres que cuando llueve, las calles están mojadas".

La respuesta bien podría ser una especie de prueba con papel tornasol espiritual. Los que allí no ven nada perderán su tiempo estudiando a Gurdjieff. Pero habrá siempre aquellos que no olvidarán jamás, como Erwin Wolfe. Al reportar esta historia en su libro *Episodes with Gurdjieff*, Wolfe añade un comentario quizá mucho más relevante, dice que varios meses después, al recordarle a Gurdjieff lo que él había dicho, obtuvo la siguiente respuesta: "¿Yo decir eso?, me preguntó, fingiendo una gran sorpresa".

Poseer tanto que sea posible dar generosamente y sin hacer aspavientos, como diciendo, "de donde eso salió, todavía queda

mucho", constituye un modelo de gracia y de libertad espiritual que por sí mismo coloca a Gurdjieff entre los más grandes maestros. Estaba consciente de que su sabiduría no era de su propiedad.

Gurdjieff —¿será necesario decirlo?— ocultaba su enseñanza detrás de cierto disfraz que descartaba a las personas demasiado frívolas o impacientes como para dejarse engañar. Es precisamente ese disfraz de "charlatán" o de maestro fraudulento, ligeramente sospechoso, vendiendo tal vez "indulgencias". Para lograr un contacto auténtico, a pesar de la evidente escenificación muy tradicional, el alumno debía demostrar tener un discernimiento singular. Gurdjieff no hacía ningún esfuerzo para disipar la impresión que él creaba —o permitía que se creara— de que él estaba "tramando algo sospechoso". Le correspondía al alumno descubrir que él era un hombre de conciencia, perfectamente honesto en sus actos.

Dos asuntos particulares suscitan siempre mucha incompreensión, los que Gurdjieff consideraba como los "nervios" más sensibles de la vida humana: el dinero y el sexo. Gurdjieff estimaba que para aquéllos que poseían bienes materiales en exceso se les podía exigir dar una contribución importante si ellos consideraban la enseñanza valiosa. ¿Hay razones para decir que no se negaba a tener relaciones sexuales con aquéllas que él estimaba ser lo suficientemente adultas, a condición de que ellas estuvieran de acuerdo? Sobre estos dos temas circularon rumores, pero nunca hubo acusación pública alguna sobre el uso fraudulento de fondos ni sobre la irresponsabilidad en materia sexual. Cualquiera que haya podido ser la "no-ortodoxia" de Gurdjieff, ninguno de los libros de memorias publicados acerca de él ha presentado la menor ambigüedad al respecto.

En el curso de su vida se puede decir que existe una diferencia sorprendente, y hasta diríamos un poco anticuada, en la manera en que Gurdjieff trataba los asuntos de dinero y de sexo. En sus escritos autobiográficos trató de manera profusa sobre el asunto del dinero; en cuanto al sexo, parece no haberlo mencionado nunca.

En un singular capítulo llamado "La Cuestión Material", anexo al final de *Encuentros con Hombres Notables*, Gurdjieff describe cómo ganó más de sesenta mil rublos al crear una empresa de reparaciones en ciudades y pueblos de Transcaucasia, haciendo pagar fuertes sumas por ajustes menores de aparatos cuyos propietarios eran demasiado ignorantes para darse cuenta que estas reparaciones no requerían más de unos pocos minutos (Gurdjieff conservaba los objetos varios días para dar a entender lo difícil que eran las reparaciones). Es evidente que de esta manera no tomaba dinero de los pobres, sino solamente de los que también se dedicaban a este

tipo de prácticas. Además obtuvo grandes sumas de dinero rehaciendo y modernizando corsés femeninos de la temporada anterior, y revendiendo barriles de pescado cuyo primer propietario había considerado, equivocadamente, como descompuesto. En los Estados Unidos tales prácticas no escaparían de la vigilancia de la Oficina de Protección al Consumidor, pero son moneda corriente en el Medio Oriente donde la advertencia *caveat emperor* reviste un significado muy diferente.

Lo importante, como Gurdjieff explicó a una audiencia neoyorkina, era que la totalidad de los fondos recaudados sirviera a la enseñanza, lo que incluía la compra de acciones y bienes muebles, así como gastos de viajes y comidas, pero también, parece ser, ayudas personales a los alumnos necesitados.

Lo que merece una mayor discusión es la actitud de Gurdjieff hacia las mujeres en general. La totalidad de la fábula cósmica que son los *Relatos de Belcebú*, tanto en su dimensión terrenal como en su dimensión celestial, está casi exclusivamente poblada por hombres. Ni siquiera las esposas son mencionadas. De hecho, sólo se encuentra una mujer en el conjunto de la obra escrita de Gurdjieff. Esta mujer, llamada Vitvitskaia, nos dice, "vestía de hombre". Mientras en su autobiografía, entre los Buscadores de la Verdad, Gurdjieff habla largamente de su propio padre, a quien dedica un capítulo entero, no nos cuenta nada en relación a su madre, aunque él relata que la lloró infinitamente cuando ella murió, en los días del Prieuré.

Hemos llegado a la conclusión de que, para bien o para mal, él era un patriarca de la vieja escuela. Incluso se cuenta que dijo una vez —aseveración que no es aceptable hoy día— que si bien los hombres eran capaces de desarrollar un alma por sí y para sí mismos, las mujeres sólo podían lograr esto mediante los servicios rendidos a los hombres²⁴.

¿Cómo lo terrenal y lo celestial, Nassr Eddin y Belcebú, podían entenderse? Existe una descripción de uno de esos encuentros sobre el tejado de una casa en Ispaján, Persia. El hombre ladino reveló entonces al mensajero cósmico los secretos de la adaptación de los rusos y persas a la vida en el planeta Tierra. En este punto del cuento Belcebú dice acerca de Nassr Eddin: "En su cara se esbozó su habitual mueca benévola, y como siempre fascinante, aunque teñida de cierto menosprecio... guiñando maliciosamente el ojo izquierdo, atrajo mi atención..."²⁵ El Mulaj señala entonces en la calle a una "cabalgata" de cosacos que acompaña una calesa rusa tirada por cuatro caballos, bajo el mando de un imponente cochero. Dentro de la calesa se encuentra un funcionario persa local y, sentado cerca de él, un general ruso.

Nassr Eddin compara a los espléndidos cosacos y al general con unos pavos y al pobre e insignificante persa con una corneja:

“Acaba de pasar en este instante, escoltada por un gran número de “pavos de raza”, una “corneja” de este país, “importante” por cierto, y de alto vuelo, pero ya muy desplumada y pasablemente arrugada. En estos últimos tiempos además, las “cornejas de alto rango” de este país no dan ya un solo paso más sin esos “pavos de raza”²⁶.

Luego Nassr Eddin describe la situación diciendo que los representantes de las civilizaciones europeas contemporáneas “deben ser llamados infaliblemente pavos reales” mientras que los habitantes de los otros continentes merecen el nombre de “cornejas” — es decir, “el pájaro más sucio y el que más manifiestamente no sirve para nada”²⁷. Para los pueblos que tratan de imitar a los europeos y de “rellenarse de Europa” — en este caso los rusos — “no podrían ser comparados mejor que con el pájaro ‘pavo”. Pues, dice, los rusos nunca pueden “teñir” suficientemente sus plumas negras de cornejas para convertirse en verdaderos pavos reales y deben terminar como vulgares pavos.

Le corresponde al sufí farsante, con su dosis de “veneno sutil”, informar al mensajero cósmico sobre el prestigio y la vanidad terrenal que todo lo condicionan, ya sea en las calles de Ispaján, de Moscú o de Nueva York. Pavos reales, cornejas y pavos, se les encuentra en todas partes.

Gurdjieff propone otra versión de lo que él llama una “antigua sentencia”: “Sólo merecerá el nombre de hombre, y sólo podrá contar con algo preparado para él desde Lo Alto, quien haya sabido adquirir los datos necesarios para conservar indemnes el lobo y el cordero que han sido confiados a su cuidado”²⁸.

El “lobo” remite a los reflejos instintivos, el “cordero” a las emociones y le corresponde al centro intelectual ponerlos en armonía. Es por el hecho de que tenemos que tratar con ambos en los demás que el Evangelio según Mateo nos aconseja ser “prudentes como las serpientes y puros como las palomas” (Mt. X 12). Gurdjieff ve que ambos están en cada uno de nosotros.

Con Gurdjieff, la cuestión de los tipos toma un giro notable. En la medida en que la estructura “tricerebral” es la misma en todas partes, puede sorprender o no que él sugiera que existe un número limitado de tipos humanos básicos — no doce, como da a entender el número de discípulos en el Nuevo Testamento, sino, según él, veintiocho, conforme al número de días que tiene el ciclo lunar²⁹. Antes de conocer su propio tipo — para esto se requiere de un conocimiento eseral que

no tenemos mucha probabilidad de detentar ni de adquirir tan fácilmente — no es posible comprender eso o conocer uno sólo de esos tipos humanos.

Nada está más lejos de la mentalidad contemporánea que esta idea de los tipos humanos, en particular cuando se le relaciona al simbolismo lunar. Por otra parte, puede parecer perfectamente arbitrario que el ciclo lunar sea de veintiocho días (veintidós si contamos únicamente los días cuando la luna es visible³⁰). Aquí tenemos un ejemplo de la arbitrariedad que reina en los números en la naturaleza: ¿Por qué la mano humana tiene cinco dedos? ¿Por qué ciertas clases de plantas y de animales presentan números fijos y específicos? Lo importante es que los tipos humanos pertenecen a ese género de conocimiento que no puede ser alcanzado sino desde el interior (gnosis) y no desde el exterior (episteme). Como lo decía Gurdjieff:

“Para comprender ciertas cosas es indispensable haber adquirido un grado más elevado de ser (...) Para ver los tipos, primero es necesario conocer su propio tipo. Éste debe ser el punto de partida. Y para conocer su propio tipo, se debe haber sabido llevar a cabo el estudio completo de su propia vida, de toda su vida desde el comienzo. Hay que saber por qué y cómo han sucedido las cosas”³¹.

EL LEGADO DE GURDJIEFF

Aunque Gurdjieff se sitúa a una gran distancia de “la ortodoxia” filosófica y religiosa, merece ser comparado con otros pensadores y maestros quienes, en nuestro siglo, intentaron restaurar la importancia del ser humano individual. Pensamos aquí en Kierkegaard, Nietzsche y Heidegger, para citar sólo los más eminentes.

Se hace evidente que el individuo solar según Gurdjieff no puede ser asimilado al individuo aislado de Kierkegaard ni a los existencialistas, que libra un combate de retaguardia a favor de su subjetividad con el fin de dotar su vida de algo concreto y auténtico. Tampoco tiene que ver con el superhombre de Nietzsche y su voluntad de poder cuya desgracia conlleva el riesgo de una afirmación brutal de sí y tampoco tiene nada en común con el “escuchar ser” de Heidegger, que de manera elitista coloca por delante la voz poética. La filosofía de Gurdjieff es objetiva, no egoísta y no elitista. No deja lugar alguno para la glorificación del ego humano, de la guerra o del militarismo.

Nuestra reacción a Gurdjieff dependerá de hasta que punto estaremos dispuestos a ir en nuestro deseo de reconocer la falsedad de nuestra civilización, locura turbulenta en las formas cada vez más

masivas de destrucción, de miseria, de enfermedad y de corrupción, de fuerza y de violencia. Gurdjieff nos regresa a la pregunta original: "¿Qué es un ser humano?"

Para tratar esta desintegración, respuestas tales como "hombre democrático", "hombre económico", "hombre capitalista o colectivo", "hombre histórico" u "hombre científico", simplemente no satisfacen. El mítico-cósmico solo, liberado de sus puerilidades heroicas y comprendido a la luz de las grandes religiones es, en cambio, capaz de hacerlo.

La enseñanza de Gurdjieff intenta volver a reencontrar la Individualidad Divina Solar anterior a la tradición cristiana, pero en la misma línea recta. Depende también del conocimiento de sí comprendido más "objetivamente" que por los griegos, del despertar de la conciencia, una tarea de carácter budista, y de la armonía de nuestras naturalezas esenciales.

Lo que queda demostrado no es un sincretismo espiritual más, sino, muy por el contrario, una globalidad integrada de lo viviente, de la cual el señor Gurdjieff constituía un vivo ejemplo.

NOTAS

1. Cada vez que se presentaba la ocasión, los dólmene merecieron, de parte de Gurdjieff, una especial dedicación. Esto inspiró la erección de este monumento, fuese o no idea de él.
2. La expedición al Cáucaso en los años 1917-18, tal como fue descrita por Thomas y Olga de Hartmann (*Nuestra vida con el Sr. Gurdjieff*, Hachette, Colección Ganesha, Buenos Aires, 1979), fue emprendida en búsqueda de dólmene, de los cuales algunos, como se nos deja entrever, fueron descubiertos efectivamente en los lugares previstos. Según John Bennett, cuando Gurdjieff al final de su vida, visitó la cueva de Lascaux (Francia), anunció que se podrían hallar dólmene en direcciones y distancias precisas desde la cueva. No sé si estas aseveraciones han sido verificadas.
3. Entre las docenas de túmulos "Templos del Sol" registrados en Irlanda (algunos de los cuales se encuentran en proceso de investigación), uno de los más estudiados es Newgrange. La construcción de este templo es tan exacta desde el punto de vista astronómico, que cada año, a través de una rendija, los rayos del sol naciente se filtran, precisamente, a las nueve horas y dos minutos, cada 21 de diciembre. Su resplandor dura nueve minutos. Y esto acontece desde la fundación del templo-túmulo, desde hace más o menos ocho mil años. Para una descripción más detallada, ver: Martin Brennan, *The Stars and the Stones*, Thames and Hudson, New York, 1984.
4. El origen de la semana de siete días puede encontrarse, en conexión con la Creación del mundo, en el libro del Génesis. Sigue siendo un tema de discusión pero quizás surge de la observación de las fases de la luna que dura cada una alrededor de siete días. *Génesis* I, 5, I, 14.
5. Con relación al Eneagrama, ver J.G. Bennett, *The Enneagram*, Coombe Springs Press, Sherborne, 1974.

6. Ver el artículo "sagrado" de Carsten Colpe en la *Encyclopedia of Religion*, Macmillan, New York, 1987, Vol. 13, pp. 511-526.
7. El órgano físico que nosotros ya no poseemos (pues fue extirpado de nuestro organismo) pero que continúa ejerciendo sus efectos fue llamado por Gurdjieff "kundabúffer". Entre otros vicios, nosotros todavía sentimos sus efectos en la forma de egotismo, envidia, odio, mentira, orgullo, fatuidad y amor propio. En un aparte de sus escritos él dice que el efecto de la cocaína sobre nuestra psique es extrañamente similar al que tenía "el órgano kundabúffer" sobre nuestros ancestros. G. I. Gurdjieff, *Relatos de Belcebú a su nieto*, Libro I, Ganesha, Cali, 1994, p.333.
8. G. I. Gurdjieff, *Encuentros con Hombres Notables*, Ganesha, Caracas, 1995, p.89.
9. Simone Weil, *La Pesanteur et la Grâce*, p.139.
10. *Relatos de Belcebú*, Libro I, p.179, 397.
11. *Ibid.*, Libro I, p. 281.
12. *Ibid.*, Libro I, pp. 321-2.
13. *Ibid.*, Libro I, p. 302, p. 323, Libro II, pp.16-7, p. 90.
14. *Ibid.*, Libro III, pp.210-11.
15. *Ibid.*, Libro III, p. 214.
16. Si creemos a Gurdjieff, las religiones se transforman en su contrario y se convierten en los medios de mantener a la gente fuera de la vida.
17. *Relatos de Belcebú*, Libro I, pp. 273-274.
18. *Ibid.*, Libro I, p. 284.
19. *Ibid.*, Libro I, p. 57.
20. Esta historia fue tomada de Alice Geer Kelsey, *Once the Hodja*, Longman's, New York, 1943.
21. James Webb, *The Harmonious Circle-The Lives and Works of G.I. Gurdjieff, P.D. Ouspensky and Their Followers*, G.P. Putnam's Sons, New York, 1980, p. 45.
22. *Encuentros con Hombres Notables*, p. 37.
23. *Relatos de Belcebú*, Libro II, p. 148, p. 199.
24. Debe señalarse, sin embargo, que al morir Gurdjieff, los papeles principales pasaron a las mujeres: la Sra. de Salzman, la Sra. Ouspensky y la Sra. de Hartmann.
25. *Relatos de Belcebú*, Libro II, pp. 72-3.
26. *Ibid.*, Libro II, p.73.
27. *Ibid.*, Libro II, p. 74.
28. *Encuentros con Hombres Notables*, p. 22.
29. La relación entre las fases lunares y el ciclo menstrual femenino es demasiado evidente para ser descartada. Tampoco puede ser considerado simple azar que la mayoría de los alfabetos contengan entre 22 y 28 signos. 28 es igualmente el número de signos del zodiaco lunar. En relación con esto, William Blake señalaba el hecho extraño de que existen exactamente veintiocho catedrales en Inglaterra, de las cuales "falta" una.
30. El tema de los tipos humanos fue expuesto por J. G. Bennett y su esposa Elizabeth en su Diario, publicado bajo el título de *Idiots in Paris*, Coombe Spring Press, Sherborne, 1980.
31. P.D. Ouspensky, *Fragmentos de una Enseñanza Desconocida*, Caracas, Editorial Ganesha, 1995, pp. 362-363.